

LIBROS Y LECTORES



¿Qué no se habrá dicho en elogio del libro? ¿Cuántas veces se habrá repetido aquello de que es el mejor amigo del hombre, su mejor consuelo, el acicate más efectivo para sus afanes? Autores, críticos, políticos y educadores han dicho mil veces las virtudes que encierran los buenos libros, el tesoro que representan para quienes saben extraer su precioso jugo.

Sin embargo, por repetidas y archisabidas que sean las múltiples cualidades del libro, nunca lo serán bastante para que pueda considerarse agotado el tema de su divulgación. Nunca se habrá dicho lo suficiente para que no haya necesidad de reincidir en él, ni faltará quién tenga algo nuevo que aportar en la cruzada de propagación de las buenas lecturas, que son todas las que despiertan en el ánimo del lector alguna de sus facultades dormidas, o que aumentan su capacidad de conocimiento, o que simplemente halagan sus sentimientos estéticos.

Y si en cualquier momento o lugar es propicia la glosa de la buena lectura y, por ende, del buen libro, conviértase en deber obligado el hacerlo cuando la conyuntura de estar el libro a primer término de la actualidad se presenta, como ocurre cada año en nuestro país en esta fecha del 23 de abril, festividad de San Jorge, que por feliz coincidencia se ha señalado como la Fiesta del Libro.

El hecho de instituir una fiesta anual en honor del libro ya demuestra como ha prendido en el alma popular el amor a la letra impresa. Porque si ha sido ello posible, es gracias a que la afición a la lectura ha ido aumentando de año en año, a pesar de no haber llegado a un grado tal, que hiciera ociosas las lamentaciones de libreros y escritores respecto a la escasa venta de libros en relación al número de habitantes de España.

Si no se compran tantos libros como correspondería a un país como el nuestro, que tan buenos literatos ha producido, no será seguramente por la falta de afición por parte del público. Del público que sabe leer, se entiende; es decir del que sabe lo que lee. Lo que ocurre es que éste es relativamente escaso. No se ha logrado producir un público lector mayoritario. Quizá, ahora, empiece a formarse con las nuevas ediciones económicas que se están editando últimamente.

Porque hay que tener en cuenta también que no obstante los buenos deseos de divulgar los buenos libros y la propaganda que se hace en torno de ellos, estos resultan bastante caros para el presupuesto precario de una buena parte de los presuntos lectores. Si es verdad que, por un lado, es pequeño aun el mundo de la afición literaria, no lo es menos, por otro, que es escaso también el poder adquisitivo de una parte de él. Causas, ambas, que influyen conjuntamente en el corto tiraje de las ediciones.

Y, si bien se mira, quizá no sea tan escaso el número de lectores en nuestro país. Es posible que haya el número requerido para sostener el mercado librero que se pretende. Lo que pasa es que una buena parte de la gente que lee, especialmente los jóvenes, es atraída por esa pseudoliteratura de baratillo—en valoración cualitativa, se entiende—llamada de aventuras, que inunda materialmente los quioscos y librerías. Hay un enjambre de escritores de folletines y noveluchas de tres al cuarto que consumen el cincuenta por ciento, por lo menos, del papel de imprenta.

Lo que procede es combatir ese consumado enemigo de la buena literatura, restarle adeptos. Y una eficaz arma para lograrlo es propagar las buenas obras literarias mediante ediciones económicas. Así lo han comprendido algunas casas del ramo, que publican sendas colecciones de obras de reputados autores a precios verdaderamente asequibles, y que, según parece, obtienen el merecido favor del público.

XAVIER.

Sintonía

¿Día del Libro lluvioso?

Es una cosa muy corriente aceptar que ciertas cosas tomen carta de naturaleza, entre nosotros, especialmente aquellas que ya de tiempo han venido dándose con determinadas y específicas características. En el fondo de tal cuestión, vive agazapado el miedo de caer siempre en lo peor.

Para llegar, con claridad al objeto de este comentario, citaremos el ejemplo de los gerundenses, que van obsesionándose con la idea de lluvia a medida que avanza octubre. Porque es sabido de todos que sus Ferias y Fiestas de San Narciso se celebran en un período otoñal muy dado a las lluvias.

El mal tiempo siempre amenaza los festejos, pero también puede la amenaza quedar sin efecto, mas nuestro temor ya no quiere aceptarlo. El tópico del tiempo lluvioso para las Ferias gerundenses ya tiene carta de naturaleza. Todos se la hemos concedido.

Y esto mismo ocurre con la fiesta de San Jorge, Patrón de Cataluña y fiesta señalada como la del Día del Libro. A esta solemnidad, el concepto popular barcelonés, que es el que más pesa sobre ella, también le otorga el tópico de la lluvia. Se declara que no hay Día del libro sin mal tiempo. Como si el asfaltado de las Ramblas barcelonesas, en tal fecha, hubiesen de mostrar su pavimento reluciente por la influencia limpiadora de los chubascos. Como si los que acuden a los puestos de venta de los libros, en las mismas Ramblas, estuviesen obligados a llevar su paraguas. Como si para los libros, en esta su salida anual al exterior, en colectividad, tuviesen que hacerlo poniendo a prueba la buena o mala impermeabilidad de su papel.

¿Por qué, esto? ¿Acaso así la literatura cobra más realce? ¿Dando la impresión de como si estuviese impregnada de brumas nórdicas? ¿No puede desearse que luzca un sol hermosísimo para el Día del Libro, un sol latino, y que cuando los libros se muestren al exterior compongan una poesía lírica con la luz y la belleza que puedan rodearles?

Desear esto, no parece que sea un absurdo. Diríase, mejor, que es pretender lo que ya es corriente entre nosotros: buen sol, buena temperatura, buen tiempo primaveral. Es, pretender un Día del Libro radiante cual debe corresponder a nuestra tierra. Y cual debe corresponder a la literatura en el día de su exaltación.

